

## **LOS OTROS : Los Antropólogos, Los Psicólogos, todos los Otros**

Pps. 19-45

Estela Troya,

### **Aprender- Comprender**

#### **LA ANTROPOLOGÍA**

**Rafael Pérez Taylor, et.al**

**Compañía Editorial Continental**

**México 2000**

-Si yo fuera antropóloga sabría quiénes son estas gentes, sus costumbres, sus creencias.

-Si yo fuera psicóloga los entendería y sabría cómo sienten, qué piensan de las cosas, porqué las hacen así.

-Quiero estudiar antropología para conocer sus reglas de parentesco, las normas por las que se casan y tienen hijos, qué debe aportar la novia o el novio, o sus padres al matrimonio.

- Quiero estudiar psicología para saber si se enamoran, o no más obedecen a sus padres, para conocer los sentimientos de la paternidad-maternidad en esta cultura. ¿Serán igual que para nosotros? ¿Cómo sentimos nosotros? ¿Por qué sentimos así?

-Necesito leer antropología para saber porqué esta gente trabaja en el campo en vez de ir a las minas como los del pueblo de al lado. No entiendo tampoco porqué siguen con sus ceremonias si, de todos modos, no llueve.

-¿Habría algo que me explique porqué me miran así, porqué no entienden mis palabras tal como yo las digo, y porqué las de ellos no terminan de tocarme?

-¿Cómo puedo hacer para saber cuándo creen ellos que comienza su historia, de dónde salen?

-Les explicaré que la ley de gravedad es lo que hace que puedan hacer pasar el río por ese lado.

-¿Qué aprendería si aprendiera su idioma?

-¿Porqué a mi madre no le hicieron el mismo efecto que a mí las hierbas que me dió la Señora Guadalupe?

-El test de inteligencia dice que tienen un IQ muy bajo. Entonces... ¿cómo es que me hacen estas preguntas?

- Yo tampoco soy suficientemente responsable con el cigarro, ni con el condón, ni con mi trabajo.
- Deberían estarnos agradecidos por las medicinas y los anticonceptivos que les traemos.
- ¿Cómo es que no les importa que....?
- ¿Porqué hacen tanto problema con...?
- ¿Cómo lograron...?
- ¿Qué es ésto que siento cuando estoy aquí, con ellos? ¿porqué no puedo explicarlo, o no me entienden cuando estoy allá, con aquellos?
- ¿Porqué me molestan? ¿por qué les molesto?
- Nos reímos juntos, bailamos juntos.
- Los mamíferos miramos directo a los ojos.
- Etc., etc., etc.

Dice Francisco Varela que la aptitud para conocer y la necesidad, o deseo, de conocer pertenecen a la vida de nuestra especie y, de diferentes maneras, a toda forma de vida. Los individuos de nuestra especie, como todos los otros seres vivos de las otras especies, interactuamos constantemente con otros seres vivos de las otras especies así como con los de la nuestra. Todas las especies compartimos el medio geofísico que llamamos planeta Tierra. Nuestra especie también interactúa con otros seres que ya no están vivos gracias a la memoria, la imaginación, los testimonios, el lenguaje, la escritura, los mitos, la ciencia, el arte y también nuestra especie juega con el tiempo recreando, inventando, descubriendo pasados, proyectando futuros predecibles e impredecibles, venturosos y terroríficos.

Toda la vida se genera y perpetúa por la interacción de modo que, como certeramente dice Edgar Morin, “cada ser viviente se convierte en exigencia existencial para los otros”, “...la asociación está en el corazón de toda organización viviente, como complementariedad, o como antagonismo, o como diferencia”.

Para cada individuo, necesariamente centro de su universo, los demás son lo otro, cada individuo es otro para los otros y, en nuestra especie en particular,

cada uno de nosotros puede ser otro para sí mismo, somos protagonistas y a la vez observadores y testigos de nuestras propias experiencias, de nuestros actos, sentimientos y pensamientos.

Quienes llevados por nuestra necesidad de conocer e interactuar nos dedicamos de una u otra manera a las ciencias sociales tenemos con los Otros de nuestra especie una doble atadura, una doble interacción: la que deviene de la pertenencia a nuestra especie y a nuestra cultura y la que se genera con nuestro objeto de estudio: los Otros, desde una particular forma de abordaje. El mismo, a su vez, se construye con nuestra formación académica así como con lo idiosincrático de cada uno de nosotros y de la cultura a la que pertenecemos, que ha co-construido el saber y el tipo de experiencias que adquirimos en nuestra formación académica.

Estos Otros se nos aparecen simultánea y alternativamente como sujetos-individuos y como conjuntos-grupos-sociedades, simultánea y alternativamente como autónomos y relacionados, involucrados, separados y pertenecientes. No hay duda acerca de que la manera en que los miramos, los conceptualizamos no coincide puntualmente con la forma en que ellos se ven y se conceptualizan a sí mismos. Así, se impone la necesidad de una dialógica observador-observado, que respete tanto los planos de igualdad-paridad (como sujetos, como hablantes, como “derechohabientes” del mundo) , como los de desigualdad-complementariedad (de saberes, necesidades, expectativas, experiencias) de ambos.

En la actualidad hemos llegado a superar conceptualmente las dicotomías mente-cuerpo, autonomía-dependencia, individuo-sociedad, naturaleza-cultura, sujeto-objeto, pero todavía hay resabios de esas falsas antinomias, queda mucho por explorar en esas y otras relaciones de modo que cada término conserve su identidad a la vez que se iluminen las maneras en que se conectan.

El Positivismo, en su propósito de diferenciar y clasificar para poder conocer y describir, generó compartimientos estancos no sólo entre los diferentes objetos de estudio sino también entre las diferentes formas de abordar un mismo objeto,

entre los diferentes puntos de observación respecto del mismo fenómeno. Distinguió y separó para entender, pero a la vez aisló y desconectó.

De esta forma, disciplinas que en gran medida tenían propósitos similares ya que compartían un mismo objeto de estudio: el hombre, tales como Antropología, Psicología, Sociología, se fueron configurando desde el siglo XIX hasta la actualidad como actividades y saberes diferentes y separados.

Englobadas en la categoría de Humanidades, Ciencias del Espíritu, Ciencias Sociales, ciencias blandas, ¿ciencias?, junto con la Filosofía, que nunca perdió su jerarquía en la concepción popular tal vez por su lenguaje complejo o hermético, la Historia, y posteriormente la Pedagogía, las Ciencias de la Educación y de la Comunicación, y otras especialidades, se dedicaron a investigar, conocer y describir distintos caracteres, actividades, relaciones, conjuntos y peculiaridades del ser humano como especie, cada una de ellas reclamando para sí una especificidad que obtenía básicamente a partir del estreñimiento y la reducción, y una jerarquía imaginaria producida por el aislamiento y a veces también por la soberbia.

Las ideas de dentro-fuera, interno-externo, por ejemplo, son ideas simples cuando no dicen nada acerca de las complejas relaciones necesarias entre uno y otro ámbito, que a la vez los legitiman. Afirman que existen sin preguntarse si es posible que haya algo externo que no sea percibido desde una interioridad, ni cómo esa percepción afecta a lo externo, ni si hay tal cosa como un interno nato, dado de por sí, que luego interactúa con lo externo, ni, si esto es así, a partir de cuándo, cómo y por qué se produce.

Sin embargo debemos recordar que originalmente la psicología se ocupaba de aquello que, tanto para el sujeto como para el observador, era interno, en particular lo que concierne a la conciencia, y que la sociología y la antropología se ocupaban básicamente de aquello que era externo a los ojos del observador, en particular los qué, los cuándo y los cómo de las conductas de los conjuntos humanos; se preguntaban poco acerca de los para-qués de las personas, de cada uno de los individuos de esas culturas, y menos aun acerca de qué sentían, cómo pensaban, entre cuáles conflictos internos se debatían, qué opciones tenían o creían tener.

Así, el ser humano se fragmentó, se desfiguró y re- configuró. Los psicólogos medían sus tiempos de reacción, hipotetizaban sobre la introspección, ahondaban en su mundo interno, buceaban en su inconsciente, trataban de describir normalidad y patología en sus conductas remitiéndose a criterios y modelos tomados de la medicina y de la moral y éticas imperantes, dividían sus momentos evolutivos en categorías, procuraban medir la personalidad y predecir conductas futuras a partir de instrumentos de medición (tests: de inteligencia, de madurez, de sociabilidad, etc.). La sociobiología hizo su aporte de “genes inteligentes, solidarios, regresivos y progresivos” que tomaron el lugar de pequeños, minúsculos seres animados, con vida propia que, desde lo mas oculto de la biología rigen nuestros destinos.

La mayoría de estas búsquedas han dejado enseñanzas y aprendizajes fundamentales, aunque no lograron, y en muchos casos tampoco se propusieron, la enorme tarea de componer visiones totalizadoras y complejas que dieran cuenta del objeto de estudio: el ser humano, nuestra especie, tanto en la actualidad como en su largo camino evolutivo.

La Sociología, por su parte, dejó a su individuo (el sujeto) en manos de los psicólogos y se dedicó al estudio de los grandes grupos humanos: las sociedades, sus diferentes estratos, las relaciones entre ellos, los diferentes lugares y formas de ubicarse, modalidades de liderazgo, fronteras sociales, marginalidad, hábitos de consumo, desempeños en las diferentes clases sociales y grupos de edad, actitudes, roles, estatus, etc.

En forma similar los antropólogos fueron concentrándose en el estudio de las diferentes culturas, en particular de las culturas diferentes, exóticas, en las rarezas distantes; por cierto, éstas eran diferentes de y lejanas al considerado centro del mundo intelectual occidental y por lo tanto, tomado como parámetro y paradigma de lo normal y de lo “humano”.

La patología psicológica, la enfermedad mental, las perversiones, desviaciones en las conductas, la psicosis (“locura”), padecimientos considerados innatos, la “innegable” relación entre locura-criminalidad-marginalidad social-sexualidad (homosexualidad, bisexualidad, prostitución, promiscuidad, masturbación, incesto, puro placer sexual, todas consideradas como pertenecientes a la misma

categoría de desviaciones) fueron y siguen siendo para la psicología temas de singular interés y preocupaciones de todo tipo, así como de apasionados debates e incriminaciones. Era harto infrecuente que alguien se preguntara acerca de lo acertado o no de clasificar a dichas manifestaciones humanas como patológicas o desviadas, o incursionara en las relaciones complejas y determinantes que mantenían con otros ámbitos y esferas de la interacción social e ideológica. Tampoco se había generado todavía la información pertinente que permitiera conocer y rastrear los avatares históricos de la sexualidad humana de manera que quedara claro, como ahora nos queda, que ésta se manifiesta siempre como una construcción social, y no como algo dado en esencia, por la naturaleza.

Para entonces el locus, el lugar en el que se concebía la patología era, y en gran medida sigue siendo, el individuo. Por ende, la responsabilidad era individual o a lo sumo de la Naturaleza, que a veces creaba monstruos.

Creo que los intentos, desde diferentes lugares y escuelas de la psicología, de encontrar razones y explicaciones para lo “raro, otro, diferente = loco”, se correspondían en el ámbito de la antropología con el énfasis en las expediciones, más largas o más cortas, numerosas o solitarias en pos del hallazgo de culturas, comunidades humanas, suficientemente diferentes y raras como para convertirlas en un auténtico “objeto de estudio” (No-Yo, No-Nosotros).

En una y en otra disciplina lo otro, lo diferente, era vivido como amenazante, peligroso, deformado, disruptivo del orden o, en el mejor de los casos, relativamente poco humano, en el sentido de que no habían alcanzado la evolución, como individuos o como sociedades, para convertirse en verdaderamente humanos. Por lo tanto, había que controlarlos, aislarlos, rechazarlos, clasificarlos, domesticarlos, curarlos ( si se podía ), rehabilitarlos ( si se dejaban ), colonizarlos ( si había cómo y con qué ). En la mayoría de los casos no se tenía conciencia, explicitación, de los contenidos peyorativos, paternalistas o colonialistas de estas posiciones “científicas”.

En la actualidad buena parte de la producción novelística y cinematográfica de ciencia ficción comparten estas creencias y sentimientos de superioridad,

desconocimiento y desprecio que se expresa en mostrar a todos los extraterrestres imaginables como perversos, inteligentes y asquerosos colonizadores de nuestro hermoso planeta Tierra, para quienes nosotros, los terrícolas, somos hormigas aplastables. Son pocas las imágenes que muestran “antropólogos” del espacio como entes inteligentes, tiernos, no belicosos, preocupados por las especificidades de la cultura humana, su conocimiento y su mantenimiento. Respecto de estos pocos casos me parece importante destacar dos aspectos: 1) los sentimientos de gratitud, alegría, ternura y esperanza que promueven en el gran público (¿serán signos de pronóstico positivo para la humanidad?) y 2) los atributos físicos de estos seres entre los que destacan un gran desarrollo craneano junto a un cuerpo menudo, que no sorprende por su fuerza muscular sino por unos ojos grandes que parecen más abiertos a conocer y contactar que a vigilar y clasificar. En ambos casos los filmes E.T. y Encuentros Cercanos del Tercer Tipo resultan ilustrativos.

Regresando a nuestro tema principal, la similitud en la forma de construir y de aproximarse al objeto de estudio de ambas disciplinas o fragmentaciones de la realidad correspondía a una postura epistemológica que todavía consideraba, aunque fuera con dudas y titubeos, que la verdadera ciencia era aquella que, a partir de la estricta discriminación entre sujeto observante que conoce y objeto real a ser conocido, manteniendo la regla de abstinencia por parte del investigador, es decir que éste no se involucrara de ninguna forma con el objeto a investigar, y siguiendo procedimientos metodológicos rigurosos, podría ser capaz de describir verazmente la realidad y naturaleza del objeto observado.

Otro pensamiento que compartían las ciencias y por consiguiente las personas ilustradas de la época en relación a la concepción del hombre, de lo humano, tiene que ver con el papel que se adjudicó a la Razón en la organización y forma de concebir al mundo y a las relaciones de los hombres con éste.

En Europa Occidental, en el siglo XVII, con el Iluminismo, se generó una intensa asociación entre la racionalidad, el predominio de la razón, el control de lo afectivo, de la Naturaleza y los impulsos naturales por medio de la mente, por una parte, y la identidad masculina, por otra. La racionalidad así comprendida se

convirtió en sustento para la superioridad masculina en la vida social, en sentido amplio.

Dado que la racionalidad se identificaba con el conocimiento, y éste con la información, le estaba negada a las mujeres, los niños, y otros seres, pueblos o sectores de la población que no habían alcanzado el suficiente grado de desarrollo, aprendizaje, iluminación divina o conceptual. Por lo tanto, los sentimientos y las emociones dejaron de ser considerados por la cultura como fuentes genuinas de conocimiento y de información. No queremos decir que El Iluminismo inventó las bioclasas, o sea las discriminaciones jerárquicas sociales basadas en las evidencias del género y las edades, el mandato social de la subordinación femenina e infantil, ni la organización social patriarcal heterosexual. Todas las culturas crean sus particulares configuraciones respecto de las relaciones de género y edad, pero aquí estamos describiendo las influencias que tuvieron éstas corrientes de pensamiento de las cuáles somos herederos directos.

El racionalismo de Newton y Descartes sentó las bases para la soberanía de la razón, y esta supremacía llevaba en sí misma la exclusión de todo lo que pudiera constituir o considerarse una amenaza a su dominio. M. Foucault consideró a esta exclusión una forma cultural de locura.

Previo al momento histórico al que nos hemos referido, antes que el racionalismo y la ciencia aparecieran como paradigmáticos del pensamiento humano, la locura era considerada como una forma frecuente y admitida, cotidiana, relativamente indiferenciada, de experiencia. Estaba asociada a la significación de los sueños, las fantasías y la imaginación y tanto las personas comunes como las ilustradas consideraban que podía permitir el acceso a conocimientos profundos. El tonto, el loco, así como los niños y los iluminados, decían verdades extra-ordinarias; igualmente los ensueños y los sueños podían predecir y anticipar, recordar acontecimientos, alertar, ya que participaban de una concepción del tiempo no parcializada por el reloj, en todo caso diferenciada por el cambio de las estaciones, otros fenómenos naturales y sus consecuencias en la vida de las personas y los pueblos, las festividades, el recuerdo o la ocurrencia de grandes acontecimientos sociales y comunitarios.



Estas experiencias comunes poseían una felicidad, una sabiduría, un misterio, ciertos temores, incertidumbres y esperanzas, una verdad, que no estaban reñidas con la razón aunque pertenecieran a categorías diferentes. Hasta el Renacimiento había una experiencia extendida de la sinrazón de la Razón y de la Razón de la sinrazón.

A partir de Descartes y de la filosofía y la moral modernas, la locura y los sueños pasaron a pertenecer a la base de todas las formas del error y la equivocación y por ende fueron excluidas del centro de la vida intelectual. Desde entonces también la masculinidad se identificó con la razón y la sexualidad toda pasó a formar parte de lo bestial y animal del hombre, de aquello que lo ataba y soguzgaba a su naturaleza perturbando su acceso a lo racional, lo superior, lo divino; por ello debía ser sometida y controlada por medio de la razón.

Las ciencias clásicas se concentraron en el conocimiento de los objetos y no de las personas. Los sentimientos, las emociones, con su impresión y su aparente arbitrariedad, ambigüedad y ambivalencia (no se puede ser esto y lo otro, sentir amor y odio, mirar desde aquí y desde allá), no pertenecían al mundo de lo racional, medible y predecible, no constituían objetos de estudio dignos de interés científico, sino interferencias deleznable, residuos animales, naturales, pero indeseables a los que había que prestar poca consideración o a lo sumo considerar con condescendencia y firmeza a la vez, en particular en relación a las mujeres y los niños. Los pueblos "primitivos", los "indígenas", "la plebe", "los pobres", fueron objeto del mismo tipo de consideración.

Esta deliberada ignorancia y desvalorización del mundo de los sentimientos hizo que algunos de ellos fueran trasladados a la esfera sublime del arte, y otros transformados en deberes, lealtades u obligaciones morales y religiosas de modo que pasaron a formar parte de las regiones controladas por la razón. Por lo tanto, las personas quedaron ignorando, ignorantes de una parte central de sí mismas y de las consecuencias que esta ignorancia acarrearía en lo que respecta a la percepción de sus experiencias y relaciones. Paralelamente el conocimiento, muy emparentado con la información, fue desligándose de la sabiduría y convirtiéndose en una especie de objeto o mercancía adquirible que se podía acumular y almacenar. En relación a ello, el lenguaje también se fué

separando parcialmente de su cometido comunicacional relacional, en particular en lo que respecta a la escucha, a la comprensión de lo idiosincrático y lo inefable del otro e incrementó a la vez su capacidad universalizadora y objetivadora.

En suma, cuanto más hábiles se hacían los hombres para controlar y dominar la influencia de los deseos y de las emociones, más humanos se sentían, más libres y capaces de controlar sus vidas de acuerdo a los criterios imperantes de deber, responsabilidad y uso del libre albedrío otorgado a los hombres por Dios.

En ese contexto la sexualidad masculina se convirtió en el signo visible de una animalidad que la humanidad no había conseguido todavía dejar atrás. Las mujeres eran las culpables de ello ya que sus cuerpos y sus modos eran responsables de recordar y disparar esta animalidad en los hombres. Por otra parte esta sexualidad, en tanto animal, natural, por lo tanto fuera de los dominios de la razón, una vez despertada, desencadenada (por las mujeres ) quedaba fuera de control y necesitaba imperativamente cumplir sus objetivos aunque fuera en contra de los ideales de perfección y autonomía perseguidos.

En esas circunstancias, en el hipotético caso de que hubieran podido elegir, algunos hombres habrían optado incluso por erradicar completamente la sexualidad de sus vidas, si no hubiera sido por el imperativo personal y cultural de procrear, dejar descendencia y mantener el linaje y las posesiones, el poder político y económico. La concepción prevaleciente era que las personas sólo podrían vivir una vida acorde a la moral si conseguían lograr una separación radical respecto de sus "naturalezas", sus imperativos naturales, que los arrastraban hacia un mundo de oscuridad y sometimiento no humano, infrahumano.

La religión católica, si bien condena los pecados de la carne, permite al pecador ser absuelto a través de la confesión y la penitencia de modo que los hombres, aunque arrepentidos, pueden permitirse volver a pecar, ceder a las tentaciones naturales de la carne sin condenarse necesariamente en la eternidad, sin demasiadas consecuencias lamentables en la tierra.

Las relaciones entre sexualidad y razón pueden parecer disgrecciones interesantes pero fuera de contexto o extemporáneas. Sin embargo es

indudable que han tenido mucho peso en la forma en que los antropólogos fueron impactados por la ausencia de barreras excluyentes entre emoción y razón, y por las costumbres sexuales y organizaciones de género que observaron en esos Otros que pertenecían a esas otras culturas. De hecho, muchas de estas observaciones y descripciones siguen apareciendo en algunos textos sólo en la letra pequeña de notas al pie, y están totalmente ausentes de otros textos contemporáneos importantes de psicología, sociología e historia, tanto por desconocimiento como por omisión.

Asimismo el impacto que provocaron las constataciones de estas diferencias determinó juicios de valor peyorativos que, a sabiendas o no, proporcionaron bases “científicas” a los movimientos de explotación y sometimiento colonialistas, extendieron arbitrariamente la idealización de la sociedad occidental basada en lo patriarcal heterosexual, la marcha hacia el progreso proporcionado por la ciencia y los innegables adelantos técnicos, obstaculizando así una visión más realista, equitativa y compleja de las culturas observadas.

En realidad lo que acabo de describir en tiempo pretérito puede muy bien seguirse redactando en tiempo presente, ya que buena parte de las consecuencias políticas, del uso ideológico de los resultados de la investigación antropológica, sociológica y psicológica siguen siendo poco consideradas y previstas por aquellos que la realizan.

Algunas de esas posiciones teóricas siguen formando parte de otra, más general, acerca de las relaciones entre cultura y naturaleza, en la que la Razón si bien es distintiva de la Cultura, define de manera errónea nuestra Humanidad como una forma de superioridad que nos separa definitivamente de la Naturaleza. Esta sigue siendo concebida como lo que nos constriñe, lo que rodea a lo humano, lo que hay que dominar o conquistar como si no formáramos parte de ella. En este esquema jerárquico la sexualidad pertenece a las cosas de la naturaleza.

La sexualidad está íntimamente ligada a la vida y a la muerte, al poder, la discriminación, la trascendencia, al deseo, al amor y la intimidad, ha estado y está sujeta a todo tipo de manipulaciones y mistificaciones relacionadas con la

ideología, la política, las creencias y la religión predominantes en cada cultura, en cada momento histórico. Es algo que ocurre supuestamente en el ámbito privado pero que está atravesado, configurado por lo público, expuesto a la mirada de otros, sancionable desde una multiplicidad de lugares.

Uno de los resultados más evidentes de estas manipulaciones son los intentos de convencernos de que la sexualidad es algo natural, que fluye de por sí en el transcurso de la vida, “que debería ser sencilla y clara” por lo cual “sólo debemos controlarla y adecuarla por razones morales, religiosas y/o de salud”. Como lógica consecuencia de estas premisas, aquellos que no ejercen su sexualidad desde esta normatividad “tienen desviaciones o problemas neuróticos”, que atentan contra natura, o son perversos (malos); estos criterios se aplican tanto a individuos como a comunidades o grupos étnicos. Todas las personas, cualquiera sea el género y el sexo al que pertenezcamos, sabemos en nuestros corazones y en nuestras experiencias, la complejidad, imperiosidad, contradicción e intensidad de emociones y pensamientos que nos conmueven y determinan en relación a la sexualidad.

Me he referido en particular a la sexualidad porque pienso que la sexualidad humana es paradigmática respecto de los temas que he abordado aquí, de las indisolubles relaciones recíprocas especie-sujeto-sociedad-cultura. Es el encuentro y la interacción con u otro y consigo mismo, con lo diferente y lo igual, lo fusionante y lo que nos devuelve como sujetos. Mantiene la vida de la especie y, aunque sexualidad, erotismo y matrimonio no son sinónimos, están intrincadamente ligados y sus regulaciones sociales anidan en y anudan el corazón de la cultura; según Bataille “el erotismo es la realidad más emocionante y puede ser, al mismo tiempo, la más innoble”. Los actos físicos de la sexualidad pueden parecer, a grandes rasgos, los mismos en todas las culturas y en todos los períodos históricos, pero sus significados y atribuciones simbólicas, tanto para los protagonistas como para los otros miembros e instituciones de cada cultura cambian constantemente. Y agrega Morin: “La atracción erótica deviene fuente de complejidad humana desencadenando encuentros improbables entre clases, razas, amos y esclavos. El erotismo irriga mil redes subterráneas presentes e invisibles en cualquier sociedad, suscita

miríadas de fantasmas que se levantan en cada mente. Opera la simbiosis entre la llamada del sexo que procede de las profundidades de la especie y la llamada de la mente-alma que busca amar”.

Felizmente, hace ya algún tiempo hemos comenzado a cuestionar nuestra herencia intelectual que identificaba a la razón con la verdad, hemos aprendido que esta identificación forma parte de la negación de las emociones y sentimientos como fuentes legítimas de conocimiento y aprendizaje. Asimismo comprendimos que todo tiempo es histórico y todo espacio es cultural, que las culturas difieren entre sí, y de sí mismas con el paso del tiempo, que cada individuo es único y simultáneamente similar a otros, que la organización de cada célula de cada órgano es tanto o más compleja que la organización social, que lo que se reproduce y se genera no son entes aislados sino ciclos, conjuntos de interacciones, que ninguna cosa es una sola cosa.

El trabajo transdisciplinario no consiste en que se reúnan varias personas de diferentes disciplinas para que cada una emita su opinión sobre cierto tema u objeto de estudio. Este tipo de reunión es lo que habitualmente se llama trabajo interdisciplinario. Si bien constituye un adelanto respecto de la concepción parcializada de que cada disciplina debe hacerse cargo de “lo que le corresponde”, en general el resultado de esta suma de puntos de vista resulta un “pegote conceptual”, en el que cada especialista se encuentra de alguna manera encerrado en su propio saber desde el que procura que prevalezca su opinión. Finalmente, lo que se logra es acumular información pero no organizarla en forma pertinente para ampliar el conocimiento y orientar acciones fértiles.

La transdisciplinariedad implica la utilización de diferentes saberes que provienen de disciplinas distintas al servicio de una reestructuración, una complejización que genere nuevos sentidos y conocimiento respecto del objeto de estudio y de sus relaciones con su ecosistema. Para ello es necesario compartir un sistema de pensamiento cuyo objetivo, más allá del descubrimiento de “la verdad última” inexistente, sea la expansión de los límites del conocimiento, los intercambios y síntesis de saberes diferentes u opuestos, la inclusión de la duda y la incertidumbre como certezas y como incentivos para

generar nuevos conocimientos. Es admitir que los objetos de estudio, las cosas que despiertan nuestro interés y nuestra curiosidad tienen una multicausalidad, participan de una simultaneidad de niveles de realidad que nos obliga en consecuencia a pensar y actuar integrándolos, no sumándolos, aislándolos o superponiéndolos.

## **BIBLIOGRAFIA**

- Bateson, Gregory. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Ed. Lohlé. Buenos Aires, 1976
- Bertalanffy, Ludwig von. *Teoría General de los Sistemas*. Ed. F.C.E., México, 1976.
- Cancrini, Luigi. *La caja de Pandora*. Ed. Paidós , Barcelona 1996.
- Fernandez Martorell, Mercedes. *Antropología de la convivencia*. Ed. Cátedra, Madrid 1997.
- Foerster, Heinz von. *Observing systems*. Intersystems Publications. California, 1981.
- Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. Ed. F.C.E. , Madrid, 1979.
- Glasesrsfeld, E. von. *El final de los grandes proyectos*. Ed. Gedisa. Barcelona 1996.
- Ibañez, Jesús. *Del algoritmo al sujeto*. Ed. Siglo Veintiuno, Madrid 1985.
- Maturana-Varela. *Autopoiesis and cognition*. Ed. Dordrecht . Holanda, 1980.
- Morin, Edgar. *El Método: I. La naturaleza de la Naturaleza*. Ed. Cátedra, Madrid 1997.
- Morin, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Ed. Cátedra, Madrid, 1992.
- Morin, Edgar. *El Método. La humanidad de la humanidad*. Ed. Cátedra, Madrid, 2003
- Prigogine, Ilya. *El fin de las certidumbres*. Ed. Andrés Bello, Chile, 1996.
- Seidler, Victor. *Reason, desire and male sexuality*. en *The cultural construction of sexuality*.  
Comp. por Pat Caplan. Tavistock Publications. Londres, 1987.

- Troya, Estela. *De qué está hecho el amor*, Organizaciones de la pareja occidental entre el siglo XX y el siglo XXI. Ed. Lumen. Argentina, México, España. 2000
- Varela, Francisco. *El fenómeno de la vida*, Dolmen Ediciones, Chile, 2000.
- Vilar, Sergio. *La nueva racionalidad*. Ed . Kairós, Barcelona, 1997.
- Weeks, Jeffrey, *Making Sexual History*, Polity Press, UK, 2000.